

Una aproximación etnográfica a la prostitución: cuando las trabajadoras sexuales hablan de los clientes

An Ethnographic Approach to Prostitution: When Sex Workers Talk about Customers

JOSÉ LÓPEZ RIOPEDRE

Universidad Nacional de Educación a Distancia, CA Lugo (España)

jose.lopez@lugo.uned.es

RESUMEN

En este artículo me propongo rescatar a la figura del cliente del ámbito opresivo de la desviación, a la vez que apuesto por un abordaje del intercambio comercial de sexo sin el prisma del abolicionismo ni de la sexualidad conducente¹.

A partir de la metodología etnográfica se ha elaborado un conjunto de 44 relatos biográficos de trabajadoras sexuales migrantes, material empírico del cual emerge el discurso de las protagonistas que aquí se somete a análisis. Se comienza cuestionando la utilidad de las tipologías, criticando asimismo cualquier determinismo sociopsicológico que constriña a los sujetos, para a continuación proceder a de-construir los diferentes estereotipos (frigidez de las mujeres, hipersexualización de los hombres, asimetría en la negociación) que han terminado por consolidar ese arquetipo depredador de la sexualidad masculina y que, por lo común y tal como describen las trabajadoras sexuales, no se corresponde con una realidad mucho más normalizada en el cotidiano de la prostitución.

Por otro lado, se centra la atención en el proceso de aprendizaje profesional, la negociación *interpartes*, la confusión de roles, las ambigüedades y conflictos que confluyen durante cualquier interacción social pero que proliferan en contextos clandestinos, así como las propias contradicciones y prejuicios de los sujetos.

Palabras clave: clientes, trabajadoras sexuales, relatos biográficos, estereotipos, confusión de roles.

¹ La idea de la sexualidad conducente como aquel guión sociopolítico que prescribe conductas sociosexuales «naturales» y/o «normales» al tiempo que proscribire y condena conductas sexuales periféricas y/o diversas, aunque de raíces foucaultianas, se muestra de forma clarificadora en Nieto (Nieto, 2011).

ABSTRACT

In this paper I will rescue the customer figure from the oppressive scope of deviation, while looking for an approach to the sex trade without the prism of abolitionism or leading sexuality.

Based on the ethnographic methodology is has developed a set of 44 life stories of migrant sex workers, empirical material from which emerges the discourse of the protagonists is here subjected to analysis. It begins by questioning the usefulness of typologies, also criticized any socio-psychological determinism constrain the subjects, to then proceed to deconstruct the various stereotypes (women frigidity, hiper-sexualization of men, asymmetry in negotiating) that have come to consolidate that predatory archetype of male sexuality, and that usually as described sex workers, is does not match a more standard reality in the daily life of prostitution.

On the other hand, focuses attention on the professional learning process, negotiating inter partes, role confusion, ambiguities and conflicts that come together for any social interaction but that proliferate in clandestine settings, as well as own contradictions and prejudices of the subjects.

Keywords: *customers, sex workers, life stories, stereotypes, role confusion.*

INTRODUCCIÓN

A pesar de que la figura del cliente no ha merecido hasta ahora la suficiente atención por parte del análisis sociológico² y el objeto de estudio se suele centrar en la parte ofertante de la transacción (prostituta), la preocupación fundamental de aquellos pocos estudios que se refieren de alguna forma al cliente continúa siendo la de llegar a establecer un determinado perfil del tipo de hombre que solicita sexo de pago. ¿Cómo es el hombre que solicita los favores sexuales de una prostituta?, ¿cuáles son sus motivaciones?, ¿qué lo hace diferente del resto de la población? Este elenco de interrogantes se reproduce en la mayoría de informes, estudios y reportajes sobre la industria del sexo, construyendo al fin la idea estereotipada de que el cliente viene a ser un personaje curioso y singular motivado la mayoría de las veces por oscuros, perversos e inconfesables deseos.

Frente a esta perspectiva procedente de la sociología de la desviación y abanderada por la corriente ideológica abolicionista, en este artículo se propone una mirada más compleja y humana de este actor social, menos prejuiciada y contaminada de neomoralismos, y que emana, a fin de cuentas, del discurso de la contraparte, la trabajadora sexual, quien nos ofrece una aproximación a la figura del cliente a través de un prisma que evidencia el conflicto pero sin obviar el contexto de normalización imperante durante la interacción del sexo comercial.

MARCO TEÓRICO Y METODOLOGÍA

El grueso de los resultados aquí expuestos proviene de una investigación más amplia llevada a cabo con trabajadoras sexuales brasileñas y colombianas que se ocupan en pisos de contactos en las ciudades gallegas de Lugo, La Coruña y Santiago. El trabajo de campo se corresponde con los años 2002 a 2007, periodo en el cual se realizan 275 entrevistas en profundidad sobre una muestra total de 44 sujetos (42 mujeres y 2 travestis), material con el que se procede luego a la elaboración de un conjunto de 44 relatos biográficos. Todas las entrevistas se realizaron en un contexto de práctica etnográfica, donde la observación participante ha sido el nexo de unión con las protagonistas, lo que ha permitido más tarde una nueva apertura del trabajo de campo que se mantiene activa hasta el presente. Como instrumento metodológico complementario se ha utilizado también un cuestionario de 100 ítems sobre una muestra de 63 sujetos (57 mujeres y 6 travestis) de distintas nacionalidades, pero mayoritariamente brasileñas y colombianas, pues estas son, con diferencia, las categorías étnicas más representativas

² En los últimos años se han publicado algunos estudios como los de Welzer-Lang (1993 y 2001); Leonini (1999); Mansson (2001) y Legardinier (2003), citados por Solana, 2003. Para Estados Unidos destacan los llevados a cabo por Monto (1999, 2000 y 2004) y Monto, Busch y Hotaling (2002). En nuestro país: Barahona y García Vicente (2003); López y Baringo (2006) y Meneses (2010). Desde una perspectiva antropológica, destaca: Hart (1998). Más recientemente: Farley, Bindel y Golding (2009).

en la industria del sexo gallega³. Para la selección del piso de contactos como principal lugar de encuentro y observación se ha tenido en cuenta tanto la proliferación durante la última década de esta modalidad de prostitución como la ausencia de estudios científicos sobre la misma.

Al abordaje etnográfico del estudio se le añade un enfoque etnosociológico (Bertaux, 2005) que ha sido muy tenido en consideración a la hora de la construcción de los relatos biográficos, fuente de donde se han seleccionado los distintos fragmentos *émicos* que se muestran en este trabajo⁴. En cuanto al marco teórico se ha utilizado la perspectiva del interaccionismo simbólico, especialmente las contribuciones de Becker (1963) y Goffman (1959, 1963) que explican bien la problematización asociada a las rotulaciones y el estigma, y por esta razón consideradas adecuadas para el análisis de la prostitución. Asimismo, este estudio es deudor de las teorías *queer* y de la corriente teórica antiesencialista defendida desde las ciencias sociales, y muy especialmente desde la antropología de la sexualidad (Vance, 1989; Rubin, 1989; Nieto, 1989 y 2011; Plummer, 1991; Weeks, 1993; Pheterson, 2000; Kulick, 2003; Despentès, 2007) que nos aproximan a una necesaria relativización del comportamiento sexual y de las normas sociales.

LA INTERACCIÓN TRABAJADORA SEXUAL/CLIENTE

Si hablamos en términos de tipologías, las variables que pueden manejarse (edad, estado civil, situación familiar, afectiva, clase social, nivel de instrucción, etc.) en torno a la figura del cliente son muy diversas, por lo que la construcción de tipos ideales es una tarea altamente compleja. Aun así, en los últimos años han aparecido algunos estudios en los cuales se insiste en el establecimiento de tipologías en función de correlaciones y variables tales como objetivos, vinculación afectiva, asiduidad y edad (Barahona, 2001; Solana, 2002; Meneses, 2003), pero todo ello desde el enfoque *etic* del investigador.

Más allá de cualquier taxonomía, interesa quizá no tanto el tipo de cliente como la interacción que se establece entre ambas partes (prostituta/cliente) con toda la riqueza de matices

³ Los flujos migratorios para la industria del sexo nacional se han intensificado tanto durante las últimas dos décadas que la presencia de trabajadoras sexuales inmigrantes ha eclipsado a las españolas. Diferentes estudios avalan el dominio de las inmigrantes en el sector, destacando, entre otros, los llevados a cabo por Sequeiros (1996), Colectivo Ioé (2001), Oso y Ulloa (2001), Solana (2003) y Agustín (2004). Entre los factores que más influyen para este fenómeno migratorio encontramos el incremento de los movimientos migratorios Sur/Norte así como la mercantilización de los servicios de cuidado en el sistema capitalista global, a los que hay que añadir la obtención de altos ingresos que caracteriza a la prostitución. En el caso de Galicia, los flujos migratorios más importantes han sido durante la década de los noventa las colombianas y en la década de 2000 las brasileñas. A cierta distancia de las anteriores, y también a partir de los noventa, se hace ostensible la corriente migratoria del Este de Europa, con una alta presencia de rumanas. Otros colectivos significativos provienen de países como República Dominicana, Argentina, Paraguay, Nigeria, etc. Por otra parte, en los últimos años y debido a la crisis económica se observa mejor el carácter transnacional de la industria del sexo, desplazándose muchas trabajadoras sexuales migrantes con permiso de residencia en España hacia otros países europeos como Francia, Italia, Suiza, Holanda o Alemania.

⁴ El conjunto de los 44 relatos biográficos aparece recogido en el segundo volumen (anexos) de la tesis doctoral del autor acerca de la prostitución en pisos de contactos (UNED, 2010). Una selección de 6 relatos biográficos en versión ampliada (se incluyen nuevas entrevistas con algunas de las protagonistas) se publica en Ed. Comares conjuntamente con otros 6 relatos biográficos de Solana. Véase Solana y Riopedre, 2012.

y códigos que entran en juego, así como la evolución y desarrollo de todo este proceso en un contexto social caracterizado por la clandestinidad y una creciente criminalización⁵. De recurrir a alguna tipología, es preferible aprovechar cualquier clasificación que derive del discurso y la experiencia de las trabajadoras sexuales, resultando así la más genérica que distingue sencillamente a los clientes en *buenos* y *malos* o bien *normales* y *pesados*, lo que facilita a su vez el poder desentrañar las circunstancias del conflicto interpartes cuando este se origina, así como los términos de la negociación en su sentido más amplio. Esta diferenciación entre *buenos* y *malos* lejos de provenir del juicio moral del investigador, es extraída en sus propios términos del trabajo de campo, esto es, desde una postura *emic*. En una publicación anterior⁶ ya me hice eco de la citada clasificación para referir a aquellos hombres que rechazan el uso del preservativo, los que solicitan rebaja en el precio, los que utilizan una falsa identidad que les reporte mayores beneficios, entre otros. Todo esto debe contribuir a centrar nuestra atención en el análisis de la interacción del sexo comercial.

Sin obviar la preeminencia del estatus maestro⁷ y el estigma⁸ íntimamente asociados a la prostitución, lo cierto es que el «ser cliente» no significa adoptar una nueva identidad, no es, en puridad, un mecanismo que transforme o modifique los elementos esenciales (carácter, temperamento, etc.) de una persona, sino que es tan solo una acción circunstancial/situacional que se manifiesta al desempeñar un rol determinado en un lugar y momento concretos. De la misma forma sería razonable oponerse al «ser prostituta» (hoy reconvertida en mujer *prostituida* por influencia de la victimización) no debiendo transferirse la etiqueta más allá de la delimitación contextual en la industria del sexo. Por esto mismo, sería más apropiado y emancipador el afirmar «actuar como cliente» o «actuar como prostituta» aludiendo a ese específico contexto espacio-temporal en el cual la transacción sexual comercial tiene verdadero lugar y sentido⁹. Ignorar el hecho irrefutable de que cualquier condena y oprobio hacia una de las partes acaba incidiendo fatalmente en la otra es una práctica habitual entre los sectores abolicionistas, pero es también una práctica arriesgada con serias consecuencias para la vida de las personas. Las propias trabajadoras sexuales reiteran abiertamente el hecho de que la mayoría de sus clientes son personas normales. Cuestión distinta es la constatación

⁵ Riopedre, 2011.

⁶ Riopedre, 2004 b.

⁷ La diferenciación entre estatus maestro y estatus subordinado proviene de Hughes, como señala Becker (2009: 52-53) en su análisis de la desviación. Acerca de esta cuestión, véanse Nieto, 2011, y Pheterson, 2000.

⁸ Goffman, 1998. Para el ámbito concreto de la prostitución, Pheterson, 2000.

⁹ Así, Gail Pheterson cuando analiza el estigma de puta establece una distinción conceptual entre lo que ella denomina como deshonra femenina e inobleza masculina que guarda a su vez relación con la dicotomía *ser/estar* a la que me estoy refiriendo aquí, aunque Pheterson apunta a las diversas connotaciones que alcanza el estigma según se aplique a hombres o mujeres mientras que aquí le otorgamos un sentido más genérico. Así, cuando afirma: «Mientras que a una mujer se la rechaza por ser una puta, a un hombre se le juzga por ser pillado en el acto. Socialmente, pues, la deshonra femenina se asocia con la identidad de puta y la inobleza masculina se relaciona con una conducta como cliente: ella es una mujer mala, es decir, posee una identidad depravada; él es un chico travieso o un viejo verde, es decir, alguien con hábitos precoces o sucios. Ella es mala por ser lo que es y él es malo por lo que hace» (Pheterson, 2000: 62) la autora está haciendo hincapié en las diferentes consecuencias del estigma en unas y otros. Sin dejar de estar de acuerdo con esta argumentación, habría que añadir la influencia creciente de la criminalización hacia el cliente a la par que se victimiza a la prostituta, por lo que es posible que en un futuro las consecuencias del rechazo social se consoliden gravemente en ambos casos.

e interpretación de la anomalía (cuando esto ocurre en cualquier dirección) a partir del contexto de la historia revivida por las protagonistas y que nos muestra la compleja realidad social que ofrece la prostitución. Comprender y dar forma a esa interminable sucesión de clientes, amigos, amantes, novios, salvadores, aprovechados y abusadores nos proporcionará entonces una visión más amplia sobre los términos de la interacción que se desarrolla en un ambiente tan específico y tan condicionante a la vez para los actores sociales que allí representan su actuación debido precisamente a ese sustrato de desregulación y creciente criminalización que caracterizan a la prostitución.

Las trabajadoras sexuales utilizan frecuentemente la expresión *pesados* para referirse a aquellos clientes que entrañan una mayor dificultad tanto durante la negociación como durante la ejecución del servicio. Lo que concreta y subjetivamente significa ese adjetivo depende ya de cada una de las personas. Así pues, para algunas *pesados* son los clientes más jóvenes mientras que para otras son los viejos. También se refieren ellas con este apelativo a los clientes borrachos, los drogados, los que no quieren utilizar el preservativo, los que piden rebaja en el precio, los que prometen «ayuda con los papeles», los que desean pasar más tiempo en la habitación del previamente convenido, los que amenazan con llamar a la policía, etc. No hay, pues, unanimidad. En lo que sí hay acuerdo es en que se trata siempre de una minoría, minoría eso sí responsable en gran parte del nada despreciable nivel de conflictividad y desconcierto que reina hoy en todo el entorno del trabajo sexual. Algunos de estos clientes *pesados* no llegan a ser, en realidad, estrictamente clientes, pues se mantienen debido a su actitud conflictiva en la categoría de simples clientes potenciales, y serán rechazados ya durante la fase de negociación por las trabajadoras sexuales, quienes se niegan a prestar sus servicios a determinadas personas y en determinadas condiciones¹⁰.

Por otra parte, el nivel muy deficiente de higiene personal que presentan, en general, los clientes en nuestro país (que no es más que una expresión contextualizada del nivel de higiene en la población general) influye en la percepción que las trabajadoras sexuales suelen tener de los clientes como *pesados*.

«Algunos clientes son más fáciles y otros más pesados. Los más pesados son aquellos hombres que no se les levanta la polla o que no se corren. Cuando es un hombre limpio y guapo no importa, pero cuando es un hombre nauseabundo... Por desgracia, hay más nauseabundos. Algunos tienen la boca podrida y nos tenemos que aguantar.» (Vivian)

Vivian hace alusión a aquellos clientes que requieren un servicio estrictamente sexual (no todos lo son) y que, sin embargo, presentan dificultades implícitas para consumir el acto sexual (impotencia, dificultades de erección), por lo que generan cierto desconcierto

¹⁰ El fin de la negociación es, precisamente, ese, es decir, tratar de llegar a un acuerdo entre ambas partes. Si, por diversas circunstancias, no hay acuerdo, entonces tampoco hay cliente. De lo que se infiere que en la prostitución, al igual que ocurre en otros servicios profesionales, existe siempre un relativo «derecho de admisión» o dicho de otra forma: las prostitutas no prestan sus servicios sexuales a cualquiera ni de cualquier forma. Admitir lo contrario es negar la propia naturaleza del trabajo sexual. Sobre este tema, véase también Solana, 2003: 29.

y también conflicto interpartes. Al mismo tiempo, critica la falta de higiene masculina, lo que se convierte en una de las quejas más presentes en el discurso de las trabajadoras sexuales. Esta deficiencia suele percibirse también como una falta de respeto hacia la trabajadora sexual.

«Lo que menos me gusta de los clientes aquí es la falta de higiene. Es increíble, casi el 80 por ciento de los que vienen están sucios. Algunos ya llegan con la ropa sucia, los zapatos, todo, y con un olor horrible, que luego tienes que airear toda la habitación. Y otros que parece que vienen limpios y cuando entran contigo en la habitación descubres que huelen fatal, y algunos hasta vienen cagados.» (Silvia)

Los hábitos de salud e higiene corporal son lógicamente culturales y se incorporan a nuestra vida cotidiana a través del proceso de socialización. Existen ciertamente diferencias en este sentido entre la población inmigrante y el país de recepción, que no dejan precisamente bien parada a la población europea. Si a esto le añadimos el hecho de que la prostitución es una actividad fuertemente estigmatizada por la sociedad (se concibe muchas veces como algo sucio, que despierta rechazo y que no merece respeto), el resultado no es otro que la afluencia de una mayoría de hombres que no se preocupan (consciente o inconscientemente) de mantener un nivel mínimo de aseo personal. De ahí que las propias trabajadoras sexuales también hayan ritualizado el aseo de los genitales del cliente como un paso previo a la realización del servicio sexual.

En cuanto al consumo de alcohol y de drogas por parte de los clientes suele valorarse también negativamente por las trabajadoras sexuales, aunque ello no sin cierta ambigüedad¹¹ ya que muchas confiesan que los clientes bajo los efectos del alcohol o de cualquier estupefaciente no controlan tanto el dinero y acostumbran a contratar servicios más caros y de mayor duración.

«Con los que tienes que tener cuidado es con los que están bebidos. Algunos a lo mejor intentan hacer algo que tú no quieres, como, por ejemplo, el griego, y te insisten e insisten, hasta que te marchas de la habitación.» (Simone)

«Cuando trabajaba en el club yo nunca subía con los borrachos, pasaba de ellos. Y en el piso hacía lo mismo, a veces ni siquiera me levantaba de la cama. No soporto el aliento a alcohol y además son muy pesados, quieren follar sin condón y besar en la boca.» (Amanda)

Desde el discurso de las trabajadoras sexuales *malos* clientes son asimismo «aquellos que porque pagan se creen que pueden hacerte cualquier cosa» refiriéndose así al estigma que genera socialmente la prostitución y sobre todo a la práctica de la estigmatización por parte de determinados hombres que lo interiorizan de tal forma que se convierten contradictoriamente en consumidores de sexo resentidos, en individuos que utilizan la proyección

¹¹ Véase Hart, *op. cit.*: 107.

psicológica como mecanismo de defensa de sus miedos e inseguridades, y en el peor de los casos en sujetos antisociales y peligrosos que desde una personalidad impregnada de misoginia pueden desencadenar conductas violentas y/o delictivas sobre las mujeres¹². Es, al fin, la causa que origina el sobrevenido estado de malhumor de algunos clientes después de haber realizado el acto sexual con una prostituta: «Le reprochan la venalidad de la relación y la imagen que refleja, con una servilidad despreciativa, de su sexualidad» (Bruckner y Finkielkraut, 1996: 198)¹³. Desgraciadamente, algunas de las protagonistas de este estudio han conocido a clientes de este tipo y han sufrido episodios muy desagradables y humillantes que ellas describen en los relatos biográficos. Los testimonios de Estefany, Joise o Claudia Milena son algunos ejemplos de lo que ocurre o puede ocurrir en los peores casos. El primero de ellos constituye la descripción de un auténtico hecho de violación, que en estos casos suele ir acompañada de otros delitos conexos como amenazas, lesiones y detenciones ilegales. No obstante, hay que insistir en que la impunidad de estos delitos guarda una estrecha relación tanto con el mantenimiento de la prostitución como actividad ilegal carente de cualquier regulación jurídica al margen de la penal, así como con la creciente criminalización que sufre el movimiento inmigratorio en nuestro país, todo lo cual tiene como resultado una delicada y peligrosa situación de indefensión y vulnerabilidad para las trabajadoras sexuales en este tipo de casos extremos.

«Hay de todo. Pero, el peor cliente que he tenido fue en una salida en Coruña. Cuando llegué, toqué el timbre y me abrieron la puerta. Todo estaba oscuro y él salió en toalla. Sentí miedo. Me parecía extraño el modo en que me recibió. Después, en la sala me obligó a ponerme de rodillas y me tiró del pelo para que le hiciese un francés. Luego, me llevó a la habitación y me obligó a hacer el griego a la fuerza y me dio unas hostias. Me dio mucho miedo su cara, tenía ojos de maníaco y todo aquel ambiente era lúgubre.

Desde ese día no quise volver a hacer una salida durante bastante tiempo. Mi novio y los compañeros del piso me propusieron ir a la casa de aquel tipo para vengarme, pero yo no quise. Pensé que no valía la pena porque él después podría llamar a la policía.» (Estefany)

«Lo peor son los hombres que lo hacen con agresividad. Como diciendo: estoy pagando a esta puta... Son unos ignorantes. Me he encontrado con este tipo de hombres más aquí en España. En Suiza, en general, los hombres tratan mejor a las mujeres. Aunque seas una prostituta, te tratan con cariño y respeto. Aquí en España, sin embargo, me he encontrado mucho mau de vaca.» (Vivian)

«Algún cliente piensa que por pagarte ya puede tratarte como a un muñeco. Pero, en ese caso lo que tienes que hacer es ponerle las cosas bien claras. No es necesario pelearte con ellos.» (Leticia)

¹² Para un análisis de las actitudes violentas en los clientes de prostitución en Estados Unidos, véanse los estudios de Martin Monto (1999, 2000 y 2004) y Monto, Busch y Hotaling (2002). En líneas generales, los resultados de estos estudios indican que los clientes que muestran este tipo de actitudes con las trabajadoras sexuales son una clara minoría, hallando asimismo cierta correlación de la violencia con algunos factores como las actitudes muy conservadoras hacia la sexualidad, los sentimientos de culpa y el uso frecuente de pornografía.

¹³ Sobre la ambivalencia de los hombres acerca de la prostitución, véase el estudio de Farley, Bindel y Golding, 2009.

Las salidas al domicilio del cliente presentan un índice de riesgo mayor en comparación con otras modalidades de ejecución del servicio, pues cuando la salida se efectúa en un hotel siempre existe personal que pueda intermediar ante un conflicto extremo, pero en el caso del domicilio del propio cliente este suele mantener el control de la situación y la trabajadora sexual se encuentra más vulnerable.

«También recuerdo un tonto que me llamó para hacer una salida a Milladoiro¹⁴. Para mí que era gay. Vivía con un amigo. Y me tocó venirme antes de la hora porque iba a venir el amigo. Me hizo desnudar. Luego se desnudó él. Me arrodilló enfrente de él. Luego, él se paró y me puso a que se la chupara. Me agarró del pelo y me empujaba así..., como si quisiera metérmela hasta la garganta. Para mí fue muy humillante. Así me tuvo como media hora. Me saltaban hasta las lágrimas. Yo luego me levanté y le dije que me iba. Le había dicho que no se me corriera en la boca. Me sentía muy mal. Y es que hay gente que lo hace a uno sentir tan mal, como hay también gente que lo hace a uno sentir tan bien. Entonces, él me cogió y me dijo que se la chupase otra vez, que me había pagado una hora. Me tuvo así como otros diez minutos. Pero, de repente, lo llamó el amigo que venía para allá. Y así fue cómo me tocó venirme, gracias a Dios. Me pagó noventa euros por la hora. El arrodillarme frente a él, el agarrarme así del pelo fue muy humillante.» (Claudia Milena)

En cualquier caso, estas referencias a casos extremos son la excepción y no la norma. La mayoría de las trabajadoras sexuales no han experimentado más conflicto con sus clientes que el que pueda darse durante la negociación de un servicio. Quienes más refieren episodios violentos son aquellas mujeres como Mónica o Bárbara Love durante su etapa de prostitución en las calles en São Paulo (Brasil) y Janaina cuando relata la época en que trabajó en el *garimpo*¹⁵ también en su país. A continuación, se transcribe una de estas duras descripciones perteneciente al relato de vida de Mónica:

«Mientras trabajé allí en la calle me ocurrieron muchas cosas, algunas buenas y otras malas. Otra vez, un cliente me llevó al hotel y allí me di cuenta de que estaba armado. Yo no hacía el griego y él me obligó... Me apuntó con el revólver. Yo no esperaba esa reacción de él. Me obligó a hacer cosas que nunca hice: el griego y el oral sin preservativo. Y me dijo que no me mataba porque yo estaba embarazada. Yo le había dicho que estaba embarazada, que por favor, no me matase, e hinchaba la barriga... Estoy segura de que fue eso lo que me salvó. Si no me hubiese creído, me habría matado.» (Mónica)

Son estos, retratos de una sociedad más violenta (en comparación con España) y atormentada por una gran desigualdad social y corrupción endémica de las instituciones de control social¹⁶. Durante la observación participante que pude llevar a cabo en una investigación

¹⁴ Ciudad satélite de Santiago de Compostela.

¹⁵ Territorio, a menudo enclavado en zonas de selva, donde se practica la minería a cielo abierto con el fin de extraer oro y otros metales preciosos.

¹⁶ Sobre violencia y abuso policial en Brasil, véase Farias de Albuquerque, 1996.

sobre la prostitución en el área de Florianópolis (capital del estado de Santa Catarina, sur de Brasil) tuve la oportunidad de conocer y entrevistar a distintas trabajadoras sexuales que ejercían en la calle y en las carreteras próximas a la playa, recabando entonces valiosa información sobre esa actividad y también sobre la interacción que se establece allí con los clientes. Mientras estuve realizando el trabajo de campo, una de mis entrevistadas sufrió una brutal agresión que casi le cuesta la vida. Según diversas fuentes los agresores pertenecían a un grupo paramilitar compuesto por policías y delincuentes comunes¹⁷. Tales actos de crueldad y violencia no son generalizables, pero sí que suceden con mayor frecuencia en aquellas áreas urbanas latinoamericanas donde el cambio social, el conflicto social y la grave desigualdad de clases modelan al individuo y hacen más viable la vulneración de los derechos fundamentales de las personas.

Continuando con el análisis sobre los clientes más *pesados* señalar que algunas trabajadoras sexuales diferencian en este sentido según la edad, polarizando entre *viejos* y *jóvenes* y escogiendo a estos o aquellos según los casos y las circunstancias. Así, para algunas los *viejos* son los más *pesados* debido a que acostumbran a regatear mucho el precio del servicio y solicitan con frecuencia el mantener relaciones sexuales sin preservativo. Por el contrario, otras trabajadoras sexuales los prefieren y repudian a los individuos más jóvenes o *culicagaos*¹⁸ por su afición a consumir en exceso drogas y alcohol así como a mantener actitudes más impulsivas e irracionales. Cada trabajadora sexual tiene, de este modo, sus preferencias en cuanto a la edad del cliente, sin que pueda establecerse una generalización a priori ya que depende mucho de circunstancias subjetivas.

Para Lorena, por ejemplo, los clientes que solicitan servicios de larga duración son los más *pesados*. Pero, al mismo tiempo, las condiciones físicas también son circunstancias relevantes. Así, las trabajadoras sexuales pueden sentir atracción o rechazo según los casos. Lorena también refiere en su relato biográfico una experiencia con un cliente minusválido¹⁹. Se transcribe aquí el estado de asombro que le causó el encontrarse con un cliente de estas características, confesando al mismo tiempo el no saber cómo ejecutar el servicio correctamente, lo que le provocó también a ella cierta incomodidad.

«Otra vez me pasó en una salida que me encontré a un señor que me recibió en una silla de ruedas. A mí se me notó en la cara. Y el señor me preguntó que si tenía algún problema. Yo cómo podía decirle que sí..., así que le dije que no. Pero, me encontré muy mal. A mí me daba como impresión. No le miraba de la cintura para abajo. Tenía mucho miedo a lastimarlo. No sabía ni qué hacer. Pero, desde que se quitó la ropa ya vi que funcionaba... Él se aproximó a la cama con la silla de ruedas y se colocó en la cama. Pero, claro, fui yo la que tuvo que ponerse encima... Pero, el señor era muy majo. Luego, estuvimos hablando un rato.» (Lorena)

¹⁷ Riopedre, 2004 a.

¹⁸ Expresión muy utilizada por las colombianas para referirse a los clientes más jóvenes e inexpertos.

¹⁹ El cliente discapacitado puede, en ocasiones, omitir esta circunstancia cuando negocia por teléfono con la trabajadora sexual lo que puede originar luego situaciones embarazosas como la descrita por Lorena. No obstante, lo habitual es que el cliente comente de antemano esta circunstancia.

Los clientes con algún tipo de minusvalía o incapacidad²⁰ constituyen un grupo a tener en consideración por las trabajadoras sexuales debido a toda la cadena de dificultades que supone, en general, esta deficiencia física y/ o psíquica a la hora de establecer y consolidar relaciones afectivas. La democracia afectiva y sexual no es más que una falacia, y el estigma y el rechazo social una barrera muchas veces infranqueable para todas estas personas, sean hombres o mujeres, por lo que en ocasiones el recurso a las trabajadoras/es sexuales puede ser una solución²¹. En una sociedad como la española donde en los últimos tiempos se ha realizado una intensa campaña política a favor de los derechos de las personas discapacitadas (Ley 39/2006 de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a personas en situación de dependencia) se pasa, sin embargo, por alto el derecho a la autodeterminación sexual de estas mismas personas, construyendo socialmente la imagen del discapacitado como ser asexuado, lo cual es extensible también a los mayores o «discapacitados por edad». En cambio, la realidad nos muestra el hecho de que los hombres mayores de 65 años y también los hombres que sufren algún tipo de discapacidad constituyen un grupo nada despreciable de clientes de la prostitución lo que contradice esa imagen social de «castidad» sobre la citada población.

Finalmente, otra de las tipologías también muy utilizada por las propias trabajadoras sexuales en sus discursos acerca de los clientes es la que los clasifica en ocasionales y habituales. De esta forma, ellas denominan *fijos* a aquellos clientes que acuden con cierta periodicidad a solicitar los servicios de una trabajadora sexual, mientras que *clientes de la casa* son aquellos que acuden con cierta habitualidad al piso o al club, pero que contratan indistintamente los servicios de varias mujeres y/o transexuales. Este tipo de clientes puede disfrutar de ciertos privilegios como gozar de un mayor nivel de confianza con el personal, rebasar las delimitaciones convencionales y compartir otros espacios, intercambio de favores, etc. En general, esta «retórica de la amistad» (Hart, 1998) es un elemento muy importante en muchas de las transacciones. En el caso de clientes *fijos* de una trabajadora sexual, los términos de la relación puramente comercial pueden terminar desdibujándose y alcanzar otros códigos y parámetros más complejos. También, esta circunstancia puede generar conflicto con las demás compañeras que derivan luego en reproches y rencillas y que pueden incluso llegar a afectar al normal funcionamiento del negocio.

«Desde que comencé a trabajar como prostituta he podido conocer a muchos hombres. Algunos son grandes amigos. También he tenido varios amantes. Con los clientes conoces a mucha gente. Pero, no hay que engañarse, no hay cliente fijo. Muchos vienen al piso y te dicen que solo van contigo. Pero, siempre es mentira. Van por todos los pisos y les dicen a todas lo mismo. El hombre que va a un piso, va a un piso, a otro y a otro. Es un vicio como la droga.» (Tania)

²⁰ Véase el artículo en *El Faro de Vigo* de 26 de abril de 2009 sobre Montse Neira, trabajadora sexual especializada en personas discapacitadas.

²¹ En mi opinión, el recurso a los servicios sexuales de una profesional en estos casos está más que justificado. Existen algunos programas pioneros en países como Suiza, Dinamarca u Holanda, donde asistentes sexuales intervienen en este campo. Acerca de las dificultades y deficiencias personales que expulsan a determinados hombres del mercado sexual y afectivo, véanse también los estudios de Campbell y O'Neill, 2006, y Meneses, 2010).

Desde su dilatada experiencia en el trabajo sexual, Tania reflexiona sobre los clientes y sobre las relaciones. Su historia es particularmente interesante desde el momento que ella se casó con Marcelino, a quien conoció como cliente del piso de su hermana, y también porque vivió y padeció los problemas que causaron en el piso los clientes *fijos* y *novios* de algunas de sus compañeras de trabajo.

EL ESTEREOTIPO DEL CLIENTE Y SU DECONSTRUCCIÓN

Entre los variados estereotipos acerca de los clientes de la prostitución, uno de los más frecuentes es el de que el cliente que acude al sexo de pago lo hace demandando un servicio de carácter estrictamente sexual. Desde esta visión unidimensional, el cliente es siempre un varón que incapaz de satisfacer sus imperativos sexuales a través del cauce socialmente normalizado (matrimonio, pareja estable y relación monogámica) cede a sus impulsos y decide comprar sexo aprovechando la posición social ventajosa que le otorga cualquier sociedad de estructura patriarcal donde se consolidan las desigualdades de género. Esta visión del cliente deriva de una universalización esencialista de la prostitución como fenómeno social y de una perspectiva reduccionista y prejuiciada acerca de la sexualidad masculina (Nencel, 2001)²². Esta panorámica es asimismo la actualmente utilizada por las posiciones abolicionistas que abogan por la penalización del cliente²³, como es el caso célebre de la Ley Sueca que prohíbe la compra de servicios sexuales de 1999. De esta forma, se termina criminalizando al cliente (como antaño se criminalizaba a la prostituta), se le deshumaniza (a la vez que se le demoniza) y se le asigna la etiqueta de «prostituidor»²⁴ (rotulación esencial para las posturas abolicionistas y la industria del rescate) dejando así por sentado que se trata de un sujeto activo de un delito y, por tanto, perseguible de oficio. A este creciente proceso de criminalización del cliente le han surgido, no obstante, también algunas críticas (Kulick, 2003; Agustín, 2004; Osborne, 2007; Despentès, 2007; Maqueda, 2009; Riopedre, 2011) sobre todo a partir del modelo sueco que se ha consolidado a nivel mundial y que funciona como paradigma del abolicionismo posmoderno. En el mismo sentido y en contra de la creciente ola de criminalización del cliente se han manifestado trabajadoras sexuales de reconocido prestigio en el ámbito del movimiento internacional de

²² «Male sexuality is depicted as insatiable, instinctual and uncontrollable, reducing it to an essentialist universal notion» (Nencel, 2001: 13). En el mismo sentido, Solana y Riopedre (2012).

²³ Se observa una clara tendencia en este sentido también en nuestro país. Así, el Plan contra la esclavitud sexual del Ayuntamiento de Madrid que se puso en marcha en abril de 2004 lanzó una intensa campaña dirigida a los clientes bajo el lema «Si existe la prostitución es porque tú pagas. No colabores en la explotación sexual de seres humanos» que se materializó en la sistemática detención de trabajadoras sexuales y el hostigamiento hacia los clientes. Políticas criminalizadoras y represivas de igual naturaleza se implantaron en otros ayuntamientos del estado, como en Barcelona, Valencia, Granada, etc. Más recientemente, la exministra de Igualdad, Bibiana Aído, lanzaba una campaña de sensibilización dirigida también a los clientes con el objetivo de concienciar a los hombres (potenciales clientes *prostituidores*) de la explotación sexual de las mujeres.

²⁴ También se utilizan de forma habitual otros términos claramente despectivos y criminalizadores acerca de los clientes como los de «putero» o «putaño», ambos vocablos ampliamente utilizados por ejemplo en el estudio de Barahona y García Vicente (2003).

reivindicación de derechos a favor de las prostitutas como Carla Corso, Jo Doezema o Pye Jacobson.

Junto a este arquetipo principal coexisten otros estereotipos como la consideración del cliente como la parte empoderada y dominante que inclina siempre a su favor la relación asimétrica que se establece entre cliente y prostituta, entre hombre y mujer, entre sujeto activo y sujeto pasivo. Esta desigualdad es la que viene a justificar luego la intervención del Estado con la excusa de salvaguardar la vulnerabilidad de la parte más débil y es así cómo se gestan las actuales políticas públicas en materia de extranjería y prostitución que argumentan defender la ausencia de autodeterminación de miles de ciudadanas extranjeras que «se vieron obligadas» a optar por un trabajo sexual. Curiosamente esta aseveración pasa por alto el hecho contrastado de que el *locus* donde sí se aprecia una mayor desigualdad en la negociación *interpartes* sea precisamente durante los encuentros que las trabajadoras sexuales migrantes mantienen con la Administración, y muy particularmente con jueces y policía.

Abordaré, pues, en este apartado una labor de deconstrucción de tales estereotipos y fundamentándome para ello en la experiencia etnográfica y la perspectiva *emic*. Y lo primero que podemos observar es que los deseos de los clientes y la demanda de servicios entrañan una enorme variedad que oscila entre los de carácter exclusivamente sexual y aquellos otros de auténtica consultoría psicológica.

«Exceptuando algunos, la mayoría de los clientes una vez que entras con ellos en la habitación son personas normales con sus deseos y sus problemas. Trabajando en la prostitución tienes que tener conocimientos de psicología, si no es imposible. Muchos más hombres de los que la gente piensa, suben a la habitación sobre todo para hablar.» (Joise)

«Tuve noches de hacer hasta 16 pases. Pero, no son todos de follar directo. Hay clientes que quieren subir contigo a la habitación solo para conversar. Son personas que te piden un poco de atención y de cariño. Eso es más frecuente de lo que se cree. Hasta hoy me sucede que vienen clientes y me pagan una hora para estar conmigo y charlar, contándome sus problemas.» (Silvia)

Las habilidades sociales, la empatía, la capacidad para escuchar son elementos importantes para una buena profesional del sexo. Por ello, cualquier trabajadora sexual profesional deberá contar con recursos empáticos y dialógicos suficientes como para poder afrontar servicios donde la demanda es más de tipo psicológico o afectiva que sexual, donde el cliente busca compañía o el ser escuchado durante un rato y no tanto la mera ejecución del coito²⁵. En este sentido, y aunque resulte un tanto paradójico, podemos hablar de una relativa desexualización del trabajo sexual.

«En la prostitución el hombre busca lo que en su casa no tiene. Unos vienen a buscar solo sexo, a experimentar cosas nuevas. Otros vienen más a buscar cariño.» (Marcela)

²⁵ Véase Teixeira, 2002: 19. Asimismo, el estudio de Meneses (2010) sobre clientes, donde con una muestra de 138 clientes sobresale en los resultados el deseo de encontrar compañía como factor motivacional en la demanda de servicios sexuales. En clave autobiográfica, véase Neira, 2012: 101.

«[...] El cliente lo que viene buscando es un buen rollo. Quiere una buena compañía, a veces solo para hablar con una chica de sus problemas, o para bromear y tomar unas copas juntos. Los clientes no van solo para follar, como la gente piensa. Son personas y también buscan buena compañía, sentirse a gusto.» (Bárbara Love)

Avanzando con la deconstrucción de los estereotipos, no debemos olvidar el que se construye en torno a la primera experiencia en la prostitución, al contacto con el primer cliente. La relación con el primer cliente se nos presenta siempre envuelta en un clima de extrema sordidez donde el hombre ofrece su cara más perversa, como si se aprovechara de una víctima inocente. No hay que negar que los inicios en la prostitución resultan con frecuencia particularmente difíciles pero esto no ocurre tanto por el trabajo sexual en sí mismo sino por el contexto social y el entorno que lo rodean de los que a la vez se deriva uno de los estigmas más fuertes que en nuestra sociedad pueden marcar al individuo. Lo que de verdad produce alienación en el individuo es la etiqueta, la cruel discriminación hacia las personas y no el trabajo sexual²⁶.

Lo que se puede observar «ahí afuera» es la existencia de una enorme variedad de situaciones, una amplia gama de experiencias y la participación de actores sociales de muy distinta condición y cuya interacción resulta siempre multidimensional. Esta heterogeneidad en las primeras experiencias se ha hecho muy patente durante las entrevistas con las trabajadoras sexuales. Muchas de ellas no conceden un significado especial a ese primer contacto, al encuentro con el primer cliente, y han sido más bien las preguntas orientadas del investigador las que han sugerido un discurso al respecto.

«[...] Mi primer cliente fue un policía, de unos cincuenta años. Fue muy bueno conmigo. Se dio cuenta enseguida de que yo era principiante en ese trabajo. Le pedí disculpas por mi inexperiencia, y él me dijo que no pasaba nada, que estuviese tranquila. Y volvió otras noches que pasó conmigo.» (Vanesa)

«Recuerdo que el primer cliente fue un chico muy joven, de unos dieciocho años, y fue muy exquisito. Fue como una cosa extraña, diferente... Pero, no fue nada desagradable.» (Estefany)

«Fue más fácil de lo que imaginaba. Yo tenía una idea un tanto prejuiciada de la prostitución por todo lo que había escuchado en mi vida, que si los clientes se portan violentamente con las chicas y todas esas cosas desagradables. Pero, en realidad, no es así. Fue como si hubiese subido con un novio. Se comportó muy bien conmigo. Hasta hoy seguimos siendo buenos amigos, y me llama por teléfono.» (Silvia)

La particular dureza del trabajo sexual es una presunción fuertemente consolidada en el imaginario colectivo, prejuicio al que no son tampoco inmunes las trabajadoras sexuales.

²⁶ Para un análisis más amplio y detallado de los procesos sociales de etiquetamiento y estigmatización, véanse los trabajos de Becker (1963) y Goffman (1963).

Aún así, algunas trabajadoras sexuales se afanan en rebatir este estereotipo, argumentando con variadas razones a la hora de tomar esa decisión y banalizando en cierta medida esa primera experiencia con el cliente. Bárbara Love, entre otras, nos relata cómo comenzó a prostituirse de una forma gradual y sopesando los pros y los contras al adoptar esa decisión. Bárbara, en un acto de evidente rebeldía, se marchó de casa y se fue a vivir a un barrio de São Paulo que estaba dominado por el *ambiente* y allí fue también donde de manera un tanto casual contactó con su primer cliente. Ella lo describe así:

«Permanecí allí unas dos semanas sin prostituirme. Yo trabajaba en una librería y regresaba solo para dormir. Pero, allí se corrompía hasta una monja de clausura. Una tarde, estaba subiendo las escaleras del hotel y me paró un señor. Me preguntó: “¿Tú trabajas aquí?” Yo le contesté que no. Y él me dijo: “Espera, espera, que yo te pago”. No recuerdo cuánto fue, pero sí que fue mucho dinero. Entonces, le contesté: “Bueno, vamos”. Fue así como caí en la tentación. Todo fue muy rápido. Pensé: “Vaya, es así tan fácil...”. Y me pregunté: “Dios mío, cómo puedo estar trabajando todo el mes y ahora en apenas cinco minutos gano de repente la mitad de mi sueldo”.» (Bárbara Love)

Por el contrario, otras de las protagonistas en este estudio relatan sus experiencias iniciáticas con un trasfondo de amargura y las califican de «desagradables» o en cualquier caso de «difíciles».

«Ese día hice tres pases. Lloré mucho con el primer pase. Bueno, el cliente no me vio llorar porque lloré después, cuando acabó el pase. Durante el pase fui acompañada de otra mujer brasileña ya experimentada (hace unos cinco años que ya trabaja en esto) y entramos en la habitación con dos clientes. Fue una experiencia desagradable. Yo tenía que estar con un hombre y al cabo de cinco minutos ya quería cambiar y tenía que estar con el otro. Nunca había pasado antes por algo así.» (Camila)

«La primera vez entré temblando en la habitación. No sabía ni qué decirle a aquel hombre. Bia me decía: “Imagínate que es tu marido...” Resultaba muy difícil. El cliente me preguntó que porqué estaba tan nerviosa. Bia le explicó que yo acababa de llegar de Brasil. Recuerdo que me trató bien. Pero, los nervios me duraron los diez días que estuve allí trabajando en el piso.» (Luana)

El mayor o menor grado de dificultad en el manejo del cliente se halla estrechamente condicionado a toda una serie de variables de carácter personal y social que convierten a cada situación en un caso particular. Así, por ejemplo, la propia personalidad de Silvia y el buen trato que le proporcionó su primer cliente hicieron de ese encuentro una experiencia positiva y ello a pesar de que, como confiesa ella, partía de ciertos prejuicios con ese tipo de trabajo. De manera similar, otras mujeres como Vanesa o Estefany tuvieron esa primera experiencia con hombres que las trataron con cuidado y respeto y esta misma circunstancia ha sido determinante para continuar luego con la actividad. Sin embargo, para otras mujeres como el caso de Bárbara Love, que también percibieron la experiencia de forma positiva, fue más bien la obtención de dinero «fácil» lo que les llevó a interiorizar el trabajo sexual como una opción deseable. Por otro lado, las características físicas, psicológicas e higiénicas del

cliente, así como la sofisticación del servicio demandado y la propia representación en la habitación son condicionantes importantes que también pueden convertir a esa experiencia iniciática en algo especialmente desagradable que permanezca durante mucho tiempo en el recuerdo de la persona.

En síntesis, la confluencia de todas estas variables será determinante a la hora de evaluar el resultado de esa experiencia, condicionando el que sea percibido de forma positiva o negativa por la propia trabajadora sexual, modelando posteriormente el proceso de aprendizaje profesional y asignándole asimismo un significado más o menos relevante según los casos²⁷. En cualquier caso, el afirmar esa supuesta alienación que provoca el trabajo sexual «son solo hipótesis moralizantes imposibles de comprobar» (Agustín, 2004: 85) y que no tienen cabida más que desde posiciones teóricas subjetivas.

Por último, otro de los estereotipos más comunes es el que alude a la negación del placer, sosteniendo, sin base empírica alguna, el hecho de que las trabajadoras sexuales no disfrutan jamás con sus clientes y que incluso muchas de ellas son frías o tienen una idea negativa acerca de los hombres. Este perfil estereotipado de la prostituta fría proviene ya del modelo médico de los siglos XIX y XX que viene a complementar las anteriores teorías religiosas sobre la inmoralidad y el pecado (Pheterson, 2000: 67). Semejante tipo de conclusiones estereotipadas y prejuiciadas han sido ampliamente difundidas a través de algunas publicaciones y estudios de carácter ideológico netamente abolicionista (Rodríguez Marín, 1988; Barry, 1988) y cuyos «resultados» son recogidos acríticamente y de nuevo publicados por otros autores que tratan de aproximarse al estudio de la prostitución «desde arriba» (García de Fagoaga, 2002)²⁸ de manera que actitudes prejuiciadas sobre la prostitución y los clientes se reproducen así en un círculo infinito. En cambio, los resultados del presente trabajo así como los de otros estudios empíricos relevantes muestran una realidad diáfana y unánime: las trabajadoras sexuales pueden disfrutar y de hecho disfrutan del sexo con algunos de sus clientes. Cuestión aparte es la concurrencia o prevalencia de esta circunstancia que ya depende de condiciones estrictamente subjetivas e intersubjetivas. Ciertamente es que el trabajo sexual cuando consiste en prácticas sexuales (lo que ocurre no en todos pero sí en la mayoría de los servicios contratados) estas se vuelven mecánicas y rutinarias, pero siempre aparece la ocasión para el placer (aunque afirmar esto hoy pueda resultar tal vez subversivo) lo que será más o menos habitual según confluyan esos condicionantes. Por otro lado, el hecho de saber diferenciar y segmentar mentalmente las relaciones sexuales en el ámbito laboral y las que pertenecen a la esfera privada (con la estrecha línea divisoria que se produce en algunos casos y con determinados clientes) no impide que en ocasiones la trabajadora sexual experimente placer en las primeras así como puede igualmente sentir frustración con las segundas.

²⁷ Acerca del aprendizaje social de las experiencias desviadas y de la redefinición que experimentan los sujetos, véase Becker, *op cit.*: 71-77.

²⁸ Así, por ejemplo, García de Fagoaga en *Putas de España* afirma lo siguiente: «Las ponencias referidas a Europa aportaban dos datos que enseguida veríamos ampliados en nuestro país: una gran parte de las putas siente absoluta frigididad, y otra considerable cantidad de ellas reconoce hábitos lésbicos, quizá como una búsqueda comprensible de amor en la compañera de trabajo ante el comprensible rechazo que el hombre pueda provocarles» (García de Fagoaga, 2002: 78-79). La autora se extiende asimismo sobre esta idea en las páginas 83 y 84.

En general, las trabajadoras sexuales tienen una concepción más abierta sobre la sexualidad que la mayoría de las personas (aunque también comparten prejuicios). Muchas son desinhibidas y autoperceben también su rol de trabajadoras sexuales dentro de un proceso más amplio de resocialización y aprendizaje sobre la propia condición humana.

«Teníamos algunos clientes fijos. Había uno que me encantaba. Era joven, 22 o 23 años. Follaba muy bien. Me sentía muy bien con él, además era guapísimo. Trabajando en la prostitución es raro que disfrutes, solo piensas en el dinero. Pero, algunas veces conoces algún cliente que te hace disfrutar. Es normal, somos personas, y algunos saben cómo tocar a una mujer.» (Flavia)

En el caso de las transexuales esta percepción del placer aparece aún más enfatizada. Es para ellas una forma de evidenciar su identidad femenina/trans y los códigos de la interacción con el cliente varían sensiblemente en comparación con el resto de trabajadoras sexuales en el sentido de abundar en el significado erótico y sexual de su propio trabajo. Así, por ejemplo, Marcela se autodefine como «ninfomaniaca» y en el relato biográfico de Xuxa encontramos un discurso muy similar.

«Los clientes en los pisos son muy viciosos. Hay de todo. Algunos piden activo, otros pasivo. En todos los sitios que trabajé hay un intercambio mutuo de placer. Muchos clientes lo que buscan es mi propio placer. Me piden que me corra. Disfrutan viendo mi orgasmo. Eso es porque las mujeres fingen mucho. Yo también disfruto con la mayoría de mis clientes.» (Marcela)

A pesar de que este análisis se mantiene en un nivel exclusivamente discursivo y en contextos sociosexuales, la observación participante tiene sus limitaciones obvias, los datos obtenidos en las entrevistas y otras fuentes informales son muy significativos e indicativos de que existe una variable del placer que también se halla presente durante la transacción en el trabajo sexual. El significado de esta inclusión es mayor si tenemos en consideración que «la obtención de placer» por parte de la trabajadora sexual permanece absolutamente proscrita en el discurso dominante (y políticamente correcto) sobre la prostitución²⁹. Y ello a pesar de que otros estudiosos de la prostitución ya reconocieron anteriormente la importancia de esta variable como es el caso de Pomeroy (1965)³⁰, quien estudió una muestra de 175 trabajadoras sexuales encontrando que estas mujeres mantenían una respuesta sexual positiva con sus clientes y no sufrían de frigidez o problemas similares frente a lo que usualmente pronosticaba la literatura de la época. Otros autores como Bullough y Bullough (1996) enfatizan esta circunstancia en el mismo sentido de reconocer que las trabajadoras sexuales reciben una considerable satisfacción de complacer a sus clientes.

²⁹ ¿Cómo podría admitirse el hecho de que aquellas que son consideradas víctimas explotadas sexualmente puedan al mismo tiempo disfrutar durante su condición de tales? Es, pues, hasta cierto punto lógico y congruente que desde las posiciones abolicionistas radicales se tache indiscriminadamente de seres fríos a las mujeres «prostituidas». Lo más reprochable es que supuestas investigaciones científicas avalen tan descabelladas hipótesis.

³⁰ Citado en Bullough y Bullough, 1996.

LA NEGOCIACIÓN CON EL CLIENTE: TRAZANDO LOS LÍMITES

Con el fin de que la interacción profesional pueda desarrollarse en términos de estricta normalidad y el servicio sexual se ejecute con plena eficacia y rendimiento para ambas partes³¹, resulta primordial establecer unos parámetros lo suficientemente claros en todo lo que se refiere al tipo de servicio (determinación, coste, duración) y esto tiene que resolverse durante la fase previa, esto es, la negociación del servicio³².

Aún así, algunos clientes y también algunas trabajadoras sexuales no traducen fielmente estos códigos y la falta de transparencia en cualquier negociación termina siempre originando conflicto que en el caso de la prostitución, al tratarse de una actividad no regulada y consensuada al margen de la ley, reviste especial trascendencia. Cuestiones como la subjetividad en la percepción de la satisfacción por el servicio prestado, la demanda de relaciones sexuales sin preservativo o la de servicios diferentes a los previamente pactados son las que con mayor frecuencia causan conflicto y desentendimiento entre las partes. En el relato biográfico de Leticia encontramos, por ejemplo, una buena explicación de todos estos pormenores:

«Hay de varios tipos. Hay clientes que son educados, que te respetan. Hay otros que quieren pasarse del límite, hacerlo sin condón. Yo hablo con ellos. Trato de convencerlos, para que el cliente se quede tranquilo y vuelva al piso. Tratar bien a los clientes en este trabajo es fundamental. Pero, tienes que colocar los límites al principio, para evitar problemas.

Un día, por ejemplo, un cliente vino al piso borracho y no conseguía correrse. Cuando pasó el tiempo picaron a la puerta y él se enfadó. También quería hacer francés sin condón. Entonces, pidió hablar con la encargada. Sandra no estaba en el piso en ese momento, y vino Patricia. Habló con él y le explicó que nosotras no besábamos en la boca con la lengua y que si quería quedarse más tiempo tenía que pagar más. Por fin, como estaba enfadado conmigo, quiso quedarse con Patricia. Y luego se enfadó también con ella porque tampoco conseguía correrse con Patricia. Eso es lo que yo llamo pasar los límites: intentar forzar la situación, querer hacer cosas que una no tiene voluntad de hacer.

[...] Cuando me escogen y me dan el dinero les explico así: “No hago francés sin condón; no beso en la boca con lengua; no hago griego; a través de caricias, masaje e intercambio de posiciones podemos pasarlo muy bien”. La mayoría aceptan mis condiciones. Pero, siempre hay alguno que no está de acuerdo. Un día uno me dijo que si yo no besaba en la boca no le interesaba, y se marchó.» (Leticia)

La negociación del servicio no transcurre igual en un piso de contactos que en un club. En los clubes la interacción es mucho más fluida e intervienen otro tipo de códigos (lenguaje no verbal, seducción, etc.) que no es posible encajar en la dinámica de un piso. Por otro lado, la categoría temporal es más estricta y limitada en los pisos: el cliente llega, selecciona

³¹ Al revés de lo que proponen nuestras Administraciones públicas con sonadas campañas de «sensibilización» y persecución del cliente, sería mucho más provechoso invertir el dinero en sencillas campañas informativas sobre cuestiones básicas de salud pública. Muy interesante al respecto el manual para clientes elaborado por la organización de trabajadoras sexuales Stella en Canadá. También en Brasil o India existen experiencias similares.

³² «Profesionalidad quiere decir poner un límite muy preciso al tipo de relación que quieres tener» (Corso, 2000: 110).

a una chica y a continuación accede rápidamente a la habitación por lo que el intercambio de información es mínimo. En cierto sentido, puede afirmarse que en un piso de contactos el cliente es quien escoge a la trabajadora sexual, mientras que en un club la mayoría de las veces es ella quien selecciona al cliente.

En último término, la decisión la debe adoptar la trabajadora sexual. Como en cualquier otra prestación de servicios las profesionales intentan abarcar un mercado cada vez más amplio que incluya a su vez un mayor número de clientes. Pero, siempre hay unos límites. Exceptuando situaciones de trabajo sexual forzado³³, las trabajadoras sexuales siempre conservan ese poder de decisión, aunque lógicamente en un mercado del sexo cada vez más competitivo aquellas que esgriman una capacidad de selección más exhaustiva tendrán, en principio, mayores dificultades para abrirse camino en esta actividad a corto y medio plazo.

«Cuando no quería subir con algún cliente, porque eran muy desagradables o muy chulos, no subía. Siempre he subido con los que me ha dado la gana. En todos los sitios que he trabajado he tenido esa libertad. Ningún dueño de club me ha reclamado nada, porque siempre he trabajado bien y conseguía muchas copas. Además, en muchos clubes ya te cobran la casa todos los días. Ellos siempre tienen ganancia, por eso que no tienen porqué exigir nada.» (Flavia)

Para llevar a buen fin la selección del cliente en los clubes tiene lugar el denominado «rito del flirteo»³⁴. En esencia, no es muy distinto de la práctica del «ligue» convencional aunque el contexto social marca aquí la diferencia³⁵. En los clubes las trabajadoras sexuales cada vez abordan menos a los clientes (como sí sucedía antaño) y se pone en marcha en su lugar este mecanismo sucedáneo de la seducción. Camila, recordando la época durante la que trabajó en el club, lo describe de la siguiente forma:

«De cada diez hombres, solo a unos tres les pregunto si quieren subir a la habitación. Yo hago una selección según ellos me miren o no, si les veo que tienen un interés, que me miran fijamente... También, si hay algún hombre que es guapo o atractivo, eso también influye mucho. Yo me acerco y hablo con ellos. Cuando ya me preguntan algunas cosas muy personales, por ejemplo, los nombres de mis hijos, si tengo novio, etc., les contesto que no mezclen mi vida personal con el trabajo. Esto pasa con frecuencia, ¡oh, Dios! Todos los días te preguntan esas cosas.» (Camila)

³³ Que quedarían, por definición, fuera del ámbito de la prostitución o trabajo sexual.

³⁴ Me refiero a la representación dramática a dos bandas que tiene lugar en este tipo de locales, donde clientes y trabajadoras sexuales ponen en acción sus respectivos papeles en consonancia con la situación, aun sin abandonar la posibilidad de un encuentro casual o al menos sin dejar de simularlo.

³⁵ El ambiente en los clubes es muy diferente al de los pisos. En los clubes, muchos clientes acceden en grupo con el único deseo de divertirse y bromear entre ellos, disfrutando de un clima ampliamente relajado y erotizado pero sin la idea prefijada de solicitar los servicios de una trabajadora sexual. Este tipo de rituales propiamente masculinos ha enseñado a las trabajadoras sexuales que el lenguaje de las miradas y una observación inteligente son recursos muy importantes a la hora de proceder a seleccionar y/o abordar a los clientes que entran en el establecimiento, con el fin de no gastar energías en el flirteo y perder el tiempo con «falsos» clientes. Sobre la práctica extendida en los clubes de las visitas grupales de hombres en una noche de juerga, véase Sequeiros (1996), Solana (2003), o Riópedre (2004 a).

En la práctica, muchas veces lo que ocurre es que durante el primer acercamiento y la negociación ambas partes pretenden tantear al otro y adoptar así una posición ventajosa con respecto a él. De esta forma, hay clientes que en primera instancia afirman que aceptan las condiciones y que, sin embargo, en su fuero interno aspiran a renegociarlas en su favor una vez que acceden a la habitación, intentando conseguir un propósito no expresamente manifestado, como, por ejemplo, el disfrutar de una felación sin preservativo. Al mismo tiempo, hay trabajadoras sexuales que en un ejercicio de complacencia hacia el cliente admiten explícitamente ciertas condiciones que saben de antemano que no van a cumplir. Todo ello entraña ciertos riesgos y cuanto más ambiguo es el carácter de la negociación más posibilidades existen luego de que se produzcan desencuentros. A continuación, se incluye un fragmento perteneciente al relato biográfico de Tania, mujer con mucha clase, experiencia y «mano izquierda» a la hora de tratar con los clientes y que, sin embargo, admite practicar la negociación en términos difusos con el fin de no perder el servicio.

«El Francés es un tipo que, desde que yo llegué al piso, a mí nunca me escogió. Nunca pasó conmigo. Hasta que un día, Marta me promocionó y él entonces me escogió y pasó conmigo. Desde aquel día vino varias veces al piso para buscarme. Una vez, Marta le dijo que tenía a una chica nueva y se la enseñó. Era Sonia. Pero, a la final, pidió que pasase yo. ¿Y qué fue lo que me dijo en la habitación? Que cómo era que me hacía mi marido el amor, y que qué era lo que sentía con él [...] Y otra tarde que vino al piso me dijo que quería llevarme a un sitio de intercambio de parejas, que dicen que hay en La Coruña, para hacer allí una orgía. Yo le dije que bueno. Yo a todos les digo que sí. Aunque no les digo cuándo. Si tú le dices a uno que no, enseguida cambia. Por eso, yo siempre les digo que sí.» (Tania)

Existen, por otro lado, algunos clientes que podríamos incluir en el grupo de los *malos* clientes, que se han adaptado con gran oportunismo y eficacia al entorno de clandestinidad y creciente criminalización que caracteriza a toda la industria del sexo en nuestro país, y que intentan mediante diversas estrategias y engaños conseguir una posición privilegiada durante la negociación de forma que les reporte los máximos beneficios. Se trata de aquellos sujetos que afirman tener algún contacto con la policía o que incluso se hacen pasar por agentes de extranjería (los abusos cometidos por parte de los verdaderos policías constituyen un problema aparte) y de aquellos que ofrecen su ayuda con «los papeles» (oferta de trabajo, matrimonios blancos, etc.). Durante el trabajo de campo he podido conocer a varios de estos individuos algunos de los cuales llegaron a establecer relaciones parasitarias con distintas trabajadoras sexuales. Al principio, pueden confundirse con aquellos clientes que son bienintencionados y que sí ofrecen su ayuda o colaboración sincera en algunos aspectos sobre todo en lo relacionado con la regularización de la trabajadora. Se transcribe a modo de ejemplo un texto perteneciente al relato biográfico de Duda donde la protagonista describe muy bien el diálogo que mantuvo con uno de estos clientes mientras se hallaba trabajando en un club:

«Hace unos días llegó un tío. Me acerqué, le dije hola. Me preguntó de dónde era. Yo: “De Brasil”. Me dijo que conocía Brasil, que había estado en Salvador, São Paulo y Rio. También me dijo que trabajaba, pero que si me decía en qué trabajaba yo me iba a asustar. Le contesté: “No creo”. Y le dije si era traficante. “¿Qué? No digas tonterías, soy de la Extranjería de Madrid”. Y me preguntó

si tenía papeles. Le pregunté: “¿Quién eres tú?”. “Soy de la Extranjería de Madrid, pero hoy no estoy de servicio, aunque si quiero te puedo llevar al calabozo durante seis días para aplicarte la ley antiterrorista”. Lo mandé a tomar por culo. Luego, me ofreció 200 euros para hacer una salida con él, quería que fuésemos a mi piso. Le dije que se fuese a dormir, que estaba loco. Al final, fuimos a la habitación. Me pagó 45 euros por diez minutos. Parecía un gallo. Y no paraba de decirme que me iba a llevar por pertenecer a un grupo terrorista. Quería follar sin condón. Decía que era de Extranjería, como si por ser de Extranjería tuviese ya que follar sin condón... Le dije que si quería, con condón, que si no me marchaba de la habitación. Entonces, le coloqué el condón, me senté encima y tras, tras... Él me decía que si me encontraba en Madrid me iba a coger y que me llevaría al calabozo por terrorista. Después, las otras chicas me contaron que ese tío siempre hacía lo mismo, que amenazaba a las chicas y contaba todo ese rollo.» (Duda)

Duda es una joven brasileña que a pesar de encontrarse entonces en situación irregular tiene los recursos suficientes (por su particular habilidad y experiencia) como para salir airosa de situaciones similares a la anteriormente descrita. Sin embargo, otras trabajadoras sexuales ante este tipo de situaciones pueden gestionar el conflicto con el cliente con mayor o menor éxito dependiendo de las circunstancias.

«Recuerdo una vez que a Lorena le tocó devolver el dinero. El cliente pagó 20 minutos y en ese tiempo el cliente no se corrió. Ella no podía hacer más porque después de ese tiempo ya te estaban llamando a la puerta. Entonces, aquel hombre empezó a hacer escándalo y a decir que iba a llamar a la policía. El tipo aquel cogió el móvil y llamó a la policía. Recuerdo que a Lorena ya le estaba dando un ataque de asma. Nosotras entonces le devolvimos el dinero y solo así se marchó.» (Pamela)

De esta forma, y tal como relata Pamela, la amenaza de «llamar a la policía»³⁶ se convierte en una estrategia recurrente por parte de los *malos* clientes que intentan de ese modo desequilibrar la negociación en su favor. Este tipo de clientes han interiorizado muy bien la actual política criminalizadora de la inmigración y la gestionan en provecho propio.

Por este motivo, la promesa de «ayudar con los papeles» también es muy defendida por algunos clientes con el mismo objetivo. Estos clientes saben que si la trabajadora sexual se encuentra en situación irregular en España han encontrado posiblemente un punto vulnerable del que podrían intentar obtener algún beneficio.

«[...] También hay otros que quieren invitarte a salir para llevarte a cenar y luego acostarse contigo. A mí eso no me gusta. Muchos me invitan a salir, pero yo no acepto. También hay quienes te ofrecen cosas, sobre todo, prometiéndote ayuda con los papeles...» (Estefany)

Aun así, lo más común es que la trabajadora sexual mantenga siempre el control de la situación. Los clientes también asumen estereotipos derivados de la victimización que en

³⁶ Los clientes saben de antemano que la policía es el verdadero «coco» para las trabajadoras sexuales migrantes, que temen siempre ser detenidas y expulsadas del país, y algunos han aprendido bien a sacar provecho de esta circunstancia.

muchos casos no se ajustan a la realidad. Flavia se afirma enérgicamente en este sentido, tratando de romper con esos estereotipos que niegan la capacidad de autodeterminación de las trabajadoras sexuales.

«Mucha gente también piensa y dice que las prostitutas somos como esclavas. Dicen que cuando viene el cliente y entra en la habitación, él exige, ordena y hace lo que le da la gana con nosotras. Y eso no es cierto para nada. Cuando entras en la habitación eres tú, la prostituta, la que pones los límites al cliente y la que negociando dominas la situación.» (Flavia)

En resumen, en toda interacción para el trabajo sexual existe una negociación y esta condiciona evidentemente a aquella. Como en cualquier otro contexto, una participación simétrica y equilibrada tendrá unos mejores resultados para ambas partes y las distorsiones solo aparecen cuando una de las partes pretende ganar posiciones respecto a la otra³⁷. No hay constancia de que las trabajadoras sexuales partan de una situación desventajosa para la negociación, más bien al contrario, en la mayoría de los casos cuentan con los recursos, herramientas y conocimientos específicos necesarios para desempeñar su trabajo con plena autodeterminación y empoderamiento. En cambio, sí que pueden darse (y de hecho ocurren) situaciones de asimetría que provienen fundamentalmente del actual contexto sociopolítico sobre la inmigración y del clima de clandestinidad y paroxismo punitivo que pesa sobre la industria del sexo, de todo lo cual tratan siempre de sacar provecho determinados actores sociales.

DIFUMINAR LOS LÍMITES Y CONFUSIÓN DE ROLES

Cuando un cliente ocasional se transforma en habitual y sobre todo cuando con el transcurso del tiempo comienzan a mezclarse aspectos emocionales durante la interacción de forma que lo que empieza como una mera transacción comercial termina convirtiéndose en una relación de tipo afectivo, puede afirmarse que existe una confusión de roles, evidenciándose de esta manera que «no siempre existe una línea clara entre el trabajo y el cliente, por un lado, y el amor y el amante, por el otro» (Agustín, 2004: 37-38). Las fronteras que separan a clientes de clientes *fijos*, *amigos* o *novios* no son excesivamente nítidas y las posibilidades que pueden darse en este sentido son infinitas³⁸. Esta desregulación de la relación contractual estándar es algo inevitable pues los actores sociales no dejan de ser humanos y actúan como tales, errando, contradiciéndose, dejándose llevar.

Por otro lado, cuando se traspasan estas fronteras y se consolidan relaciones alternativas con distinto grado de implicación afectiva que dejan atrás el intercambio de carácter estrictamente mercantil, suele ocurrir que esa relación sufra cierto grado de ostracismo social. La sociedad impone aquí un estigma en su triple dimensión: a) el estigma de la mujer extranjera y por extensión de las parejas «mixtas»; b) el estigma de la mujer prostituta; y c) el estigma

³⁷ Sobre la «retórica de la amistad» como estrategia empleada por ambas partes durante la transacción sexo-comercial, véase Hart, *op. cit.*: 118-122.

³⁸ Hart, *op. cit.*: 93-94.

del hombre que vive a expensas de la prostituta, llámesele «macarra», «chulo», «rufián» o con cualquier otra denominación similar.

En efecto, el hombre que habiendo conocido a la trabajadora sexual en el ámbito de la prostitución y que más adelante establece con ella una relación de carácter afectivo deberá soportar invariablemente la etiqueta de *chulo* o *macarra* pues nuestra sociedad no tolera bien este tipo de relaciones por cuestiones morales y político-jurídicas³⁹. Dejando a un lado el hecho de que las parejas mixtas se hallan siempre bajo sospecha, si la pareja proviene del *ambiente* el control social será aún más implacable. La figura del rufián es ya clásica en nuestro ordenamiento jurídico penal y su inclusión en el Código Penal muy defendida por la doctrina. La reforma del artículo 188 del Código Penal según Ley Orgánica 11/2003 se realizó, sin duda, con el fin de ampliar el elenco de conductas susceptibles de ser sancionadas por esta vía.

Del mismo modo que a lo largo de este trabajo se ha tenido constancia de la existencia de los denominados *malos* clientes, también se ha podido comprobar que muchos de los clientes encajan en un perfil diametralmente opuesto, tratándose de personas que entablan una relación de amistad con la trabajadora sexual e interaccionan con ella de forma muy semejante a lo que podría esperarse de dos personas afines en cualquier otro marco social ajeno a la industria del sexo, pudiendo observar conductas y acciones del tipo de la solidaridad, ayuda mutua, complicidad, altruismo, etc., que vienen a definir las características esenciales de cualquier relación de amistad. Se han recogido numerosos testimonios de trabajadoras sexuales en este sentido.

«Tenía muchos clientes fijos que venían a buscarme. Tuve dos clientes que fueron muy especiales y que me ayudaron mucho cuando yo más lo necesitaba. Hubo una época en que estuve muy enferma, tenía anemia, trabajaba mucho y comía poco. Los dos clientes eran japoneses y me ayudaron, y también a mi familia. Además de clientes, eran mis amigos. Los dos son empresarios. Uno hasta me ofreció trabajo en su empresa, pero no acepté porque en aquella época yo ganaba mucho más dinero en la prostitución. Prefería trabajar en la calle. En aquella época ganaba mucho dinero.» (Mónica)

«En mayo de 2004 enfermé. Tuve una infección muy grande en la garganta [...] Fue mi amigo Lino, que es una bella persona, quien me llevó a su casa y me cuidó como si fuese su hija. Me quedé con él unas dos semanas. Un amor de persona. Y nunca tuvimos nada de relación. Puro cariño. Ni siquiera nunca subí con él cuando estaba en el club. Tomábamos copas, pero nada más. Hasta hoy seguimos siendo buenos amigos. Por eso es que digo que he tenido bastante suerte con las personas que me he encontrado aquí en España.» (Silvia)

Ya sea en las calles de São Paulo o bien en un piso de contactos en Lugo se observa que la interacción entre las trabajadoras sexuales y sus clientes se manifiesta con multitud de matices y variadas formas. A veces, sin llegar a constituirse una relación de amistad o de íntima reciprocidad como las que detallan Mónica o Silvia, sí que se establece un nivel de

³⁹ Para un análisis analógico entre las relaciones matrimoniales y las que establecen las prostitutas con los *chulos*, véase James, 1976: 117-119.

mayor complicidad que sin salirse de los parámetros estrictamente comerciales remodela un tanto la propia relación.

En ocasiones, esa transformación en la relación⁴⁰ causa también incertidumbre moral a la propia trabajadora sexual. Esta puede ser consciente de que está transgrediendo las normas que rigen su actividad laboral, en términos de mantener la distancia emocional, percibiendo entonces que se halla rebasando la frontera y toda esta nueva experiencia le provoca grandes dosis de inseguridad y angustia pues ya no domina tan bien la situación. Claudia Milena lo describe muy bien al hablarnos de su relación con Guillermo.

«La relación con Guillermo no era como un cliente. Era ya una amistad. Yo le hacía el servicio y todo, pero había más confianza. Con Guillermo cenamos, vamos juntos al bar de él y estamos con sus amigos. Aunque, a mí me da mucho corte. Me da vergüenza que de pronto alguien que haya estado en el piso o pasando conmigo me vea luego en el bar y diga, anda, mira Guillermo con quién anda.» (Claudia Milena)

La relación se transmuta y problematiza en mayor medida cuando se ponen en juego los lazos afectivos. Hay que tener en cuenta que la mayoría de las trabajadoras sexuales termina seleccionando a su pareja de entre sus clientes en un claro proceso de carácter endogámico que, aunque no es en absoluto exclusivo de la industria del sexo⁴¹, sí que se evidencia en este sector de una forma especialmente acusada.

En este sentido, los primeros instantes en los que tiene lugar esa transmutación son especialmente interesantes pues es aquí cuando la trabajadora sexual traspasa la frontera, se mueve en la incertidumbre y, por tanto, podemos hablar en rigor de «confusión de roles».

«Dejé a Fabiano por el Portugués. Fue una relación tan buena para mí... Llegó un día al piso como cliente. No quiso entrar en la habitación y me dijo que quería conocerme primero. Estuvimos charlando durante tres horas. Luego, empezó a acariciarme e hicimos el amor allí mismo en el salón. Me sentí la mujer más completa y amada del mundo. Fue maravilloso. Por supuesto que no le cobré. Al final fue una situación un poco embarazosa. Y así fue como empezamos a salir.» (Erika)

«Conocí a Javier un viernes a las 8,15 de la tarde. Ese tipo me gustó mucho. Fue amor a primera vista. Lo conocí como cliente y no sabía que era casado. Como todos, un mentiroso. Otro día vino por el piso. Era la segunda vez y vino directamente a buscarme. Entonces, ya supe que era casado. Yo siempre decía: “los hombres casados ni fritos ni asados”. Y mira, va y me toca un casado.» (Cielo)

«Un día llegó un cliente muy guapo, alto. Me llamó la atención y me gustó mucho. Se llamaba Sergio. Nos enamoramos un poco. Me invitó a una copa y después subimos a la habitación. Me gustó tanto que la única vez que le cobré por estar juntos fue aquella primera noche. A partir de entonces, como me

⁴⁰ Sobre la transición de cliente a novio en la industria del sexo existen algunos estudios interesantes sobre todo desde la perspectiva de prevención sanitaria de prácticas de riesgo. Véase, por ejemplo, Ratliff, 1999.

⁴¹ Más bien se trata de una tendencia general de aislamiento que experimentan la mayoría de los grupos desviados. Véase, por ejemplo, Becker para el caso de los músicos, *op. cit.*: 116-121.

gustaba tanto, se lo daba por la cara. Pero, él también me ayudaba y me compraba cosas, ropa, etc. En aquella época también me enamoré de otro hombre, Carlos, que era otro cliente. Carlos era un hombre guapo, pero estaba casado. La primera vez que subí con él me gustó tanto que me corrí. Él supo llevarme por la conversación. Era un seductor y tenía mucha labia. Con Carlos estaba en el club y con Sergio salía fuera. Sergio era mío particular.» (Joise)

Como puede observarse en estos fragmentos, las características personales son determinantes a la hora de variar de códigos durante la interacción. Las protagonistas hablan de hombres «guapos» y «seductores» que les agradan sobremanera y les hacen sentirse bien. Asimismo, este cambio de registro llega a hacerse ostensible con el hecho de no cobrarle al cliente por ese servicio, con lo cual el cliente pierde su identidad y ambos actores sociales modifican definitivamente sus roles.

Que el mercado del sexo de pago llega a cruzarse con el mercado matrimonial es un hecho evidente. Hay sujetos enamorados del amor y obstinados buscadores de pareja en ambos bandos y los entresijos de la relación van mucho más allá de lo que a priori puede entenderse bajo el epígrafe de prostitución. Acerca de clientes que hacen proposiciones con el fin de mantener supuestamente una relación afectiva estable y/o que luego hacen continuos reproches por el pasado o presente de la trabajadora sexual habría mucho que escribir. Me limitaré aquí, sin embargo, a comentar algunos casos paradigmáticos como son los relatos de Vanesa o Luana.

Vanesa conoce a un cliente que le hace proposiciones para salir y al mismo tiempo le recrimina por su condición de trabajadora sexual. Esta situación coloca a la protagonista en un incómodo dilema, como le ha sucedido y sucede a muchas otras trabajadoras sexuales cada una de las cuales trata de resolverlo a su manera y dependiendo de las circunstancias.

«Después conocí a un hombre, un señor de edad, que quería ayudarme. Tendría unos cincuenta y cinco más o menos y se llamaba Paulo. Pero, a mí no me gustaba. No quería enrollarme y él deseaba una relación seria. Era mucho mayor que yo, y me dijo que iba a sacarme del club.

Paulo me daba mucho dinero, me compraba ropa, etc. Pero, me recriminaba todo el tiempo. Me decía que yo no quería salir del club porque a mí me gustaba esa vida, la vida de una puta. Y eso me hacía daño.» (Vanesa)

Reproches del mismo tipo sufrieron también Tania (por Marcelino, hoy su esposo), Cielo (por su pareja, Javier), Camila (por su novio, Juan), Flavia (por su marido), Leticia y muchas otras trabajadoras sexuales que participaron en este estudio. El reproche es producto del estigma social, que aquí además juega en una doble dirección: si la mujer no abandona el trabajo sexual frente a las expresas peticiones de su pareja será tildada por este de «prostituta que le gusta el oficio», «puta que obtiene placer prostituyéndose», etc., como nos describe con pesar Vanesa; mientras que si su compañero acepta y es permisivo acerca de la actividad de ella, él será condenado socialmente como *chulo* o *macarra* e incluso en ocasiones cuestionado moralmente por la propia trabajadora sexual.

Por su parte, el relato biográfico de Luana nos ofrece dos buenos ejemplos donde ella describe esta variedad de situaciones: en primer lugar, la proposición que le hizo un hombre mayor

para que abandonase la prostitución y que ella misma confiesa haber malogrado; y en segundo lugar, su experiencia con Julián, un cliente con el que mantuvo luego una relación de pareja.

«Cuando faltaba un poco para cumplir un mes en el piso, apareció un viejo. Me hizo una propuesta. Me dijo que yo le había gustado mucho, que si quería me ayudaría, pero que tenía que cumplir una condición. Tenía que dejar la prostitución. Me dijo que no tenía tiempo, que yo podía buscar un piso para alquilar y que él me pagaría todos los meses 2.000 euros para mis gastos y para enviar a mi país.

No lo pensé más. Acepté al momento. Ese mismo día me dio 600 euros y me dijo que comprase un móvil privado. Cuando se lo conté a mis amigas, me dijeron que tuviese cuidado, que no me fiase demasiado.

[...] El viejo me advirtió que si yo le mentía todo se acabaría. Cuando me preguntaba si yo estaba trabajando, le decía que no, que solo ayudaba en el piso con las labores domésticas. Pero, aquel viejo era experto y mandó a un amigo al piso. Fue así cómo me descubrió. Me llamó mentirosa y cínica. Intenté desmentirle, pero no lo conseguí. Mis amigas se quedaron bobas. No esperaban la reacción de aquel hombre. El viejo me dijo que todo se había acabado, que no lo llamase nunca más. Me arrepentí tanto... Me dejé llevar por mis amigas y cometí un gran error.» (Luana)

Situaciones como esta nos aproximan a un grupo significativo de clientes que lo que buscan en el mercado sexual no es otra cosa que una mujer que se convierta en su amante, no tanto una novia, sino más bien una trabajadora sexual para disfrute particular. A lo largo de todos estos años, he podido conocer a varios hombres de este tipo. Son hombres que cruzan la frontera con la intención de disponer del trabajo sexual de una forma más íntima y confortable aunque pensando egocéntricamente en su propio beneficio. Algunos hombres se afanan en llevar así una doble o triple vida en medio de una angustia multifrénica que les conduce tanto al éxtasis como en ocasiones a su propia destrucción personal y/o familiar. Pero, la trabajadora sexual si se siente engañada puede no permanecer pasiva y actuar impulsivamente. Sandra cuando se dio cuenta de que su *cliente/novio* Alberto la estaba engañando reaccionó con furia y se encaró con él en público, llegando incluso a hablar con su mujer. Al contrario de ella, otras trabajadoras sexuales se mantienen alerta y no aceptan este tipo de proposiciones. Silvia y Estefany, por ejemplo, recibieron en su momento propuestas similares para dejar la prostitución y no las aceptaron por diversas razones, pero más allá de acatar un posible código deontológico porque no consentían en perder su libertad y su independencia (todo lo cual percibían entonces a través de la actividad de la prostitución). Como describe Estefany en su relato biográfico «eso es una trampa» y, por tanto, resulta inadmisibile.

«Hay clientes que se apasionan. Cuando yo estaba en Coruña trabajando en el pub, había un hombre que venía a buscarme. Una vez me preguntó si quería dejar la prostitución, que él podía sacarme de esta vida. No le hice caso. Hay hombres que lo que quieren es solo tener una amante y colocarla en un piso para tenerla a su capricho, y para mostrarla con los amigos. Eso es una trampa, y además es muy peligroso porque pierdes tu independencia.» (Estefany)

El segundo texto seleccionado del relato de vida de Luana hace referencia a otra clase de cliente, esto es, aquel que siente la necesidad perentoria de encontrar pareja y que acude a

todo tipo de establecimientos de la industria del sexo no cesando en su empeño de formalizar una relación al precio que sea. Enamorados del amor, no importa tanto el objeto/sujeto como la propia acción⁴².

«Mientras estuve trabajando en “El Rayo de Luna” fue cuando conocí a Julián. Al principio, fue un cliente más. Él me pagó unas salidas. En el club también se quedaba conmigo. Hasta ese momento todo bien. Cuando comenzamos a salir ya vinieron los problemas. Al cabo de dos meses de conocernos ya me pidió que dejase de trabajar en el club. Yo le dije que no tenía nada que ver. Él me decía que no se sentía bien a causa de sus amigos. Él insistía en que dejase “El Rayo de Luna”.

Como Julián me insistió tanto, dejé el club y seguí trabajando en el piso. Julián ya empezó a organizarme la vida, comiéndome la cabeza a todas horas. Yo le dije que no había venido a España para ir de fiesta y salir de copas, que había venido para trabajar y ganar dinero. Fue entonces cuando salió la nueva ley y él me ofreció su ayuda con los papeles. Me dijo que estuviese tranquila, que podía despreocuparme. Pero, un día vino y me pidió que me casase con él. Fuimos a un restaurante a comer. Sacó un anillo de la chaqueta y me lo puso en el dedo. Me preguntó si era consciente de lo que significaba aquello. Le contesté que si él quería aceptaba el anillo como un regalo, pero que no deseaba ningún compromiso. Se quedó muy dolido. Me dijo que podíamos casarnos igual, para que yo sacase los papeles y que luego me daría el divorcio. Le contesté que no. Aquello no tenía sentido para mí. Yo no deseaba casarme con nadie por papeles. Ahí se terminó mi relación con Julián. Más tarde, supe que él se envolvió con Joise. A los pocos días...» (Luana)

Actualmente, Julián es el esposo de Joise. Podría afirmarse que logró su propósito a pesar de que en alguna ocasión erró acerca de su objeto/sujeto amoroso durante el transcurso del proceso de emparejamiento.

La estrategia de ofrecer algún tipo de ayuda y colaboración con la regularización de la trabajadora sexual en situación irregular es habitual por parte de algunos clientes. Al margen de los que actúan por su propio egoísmo, también es cierto que existen clientes que son altruistas y que ofrecen su ayuda desinteresadamente o al menos en términos de reciprocidad. De una forma o de otra, la verdad es que en una pequeña ciudad como Lugo hoy en día existe una cantidad significativa de pisos donde el alquiler es sufragado total o parcialmente por parte de estos *clientes/amigos/novios*. Se trata, en definitiva, de una remodelación de la relación entre cliente y trabajadora sexual. Puede ser una relación asimétrica o equilibrada según los casos. Ambas partes pueden maximizar beneficios: el cliente disfruta de una relación más íntima y cómoda, y la trabajadora sexual obtiene a cambio un medio de financiación regular. ¿Seguimos hablando de trabajo sexual o la interacción se ha desdibujado tanto que se hace irreconocible? Los roles, en efecto, se transmutan, la trabajadora sexual se convierte en «amante» mientras el cliente se identifica como «amigo». Por otro lado, el dinero sigue jugando el papel de elemento esencial y simbólico del intercambio. Pero, realmente ¿esto no ocurre en la

⁴² Véase Monto, 2004.

mayoría de las relaciones? En nuestra cultura los límites entre seducción y prostitución configuran contornos más bien borrosos (Despentes, 2007). Resulta, en suma, complicado redefinir la interacción de los sujetos sin caer en interpretaciones subjetivistas y/o moralizadoras.

PROSTITUCIÓN Y HOMOSEXUALIDAD

Una de las más recurrentes alusiones que se observa en el discurso de las trabajadoras sexuales acerca de los clientes se refiere a la homosexualidad y a la supuesta orientación sexual de muchos de sus clientes. En general, las trabajadoras sexuales pretenden llamar la atención sobre el hecho de que clientes varones soliciten sus servicios y demanden frecuentemente prácticas sexuales de penetración anal receptiva⁴³. Desde una concepción superficial y no exenta de prejuicios sobre la homosexualidad, las trabajadoras sexuales perciben a todo cliente que solicita este tipo de servicios como homosexual o potencialmente homosexual y desde esta perspectiva socialmente construida describen estas prácticas con grandes dosis de humor e ironía en sus recursos narrativos.

«Clientes hay de todas clases. Sabrina subió con uno que solo quería que le pegase. Y a mí ya me ha ocurrido con algunos de subir y no querer follar, sino que lo que te piden es que les metas el dedo por el culo. Una amiga subió una noche con uno muy guapo y me dijo que con ese se lo iba a pasar muy bien, que seguro que tenía una polla muy sabrosa, y bajó luego toda decepcionada porque él no había querido follar, sino que lo que le pidió fue que le metiese el dedo por el culo y ya se corrió así. Yo de esos ya he visto unos cuantos...» (Ana Paula)

«Ah, y aquí en España hay muchos maricones. Muchos follan, pero no se corren, y luego te piden el vibrador. La mayoría cuando se lo metes, terminan corriéndose. Otros ya te preguntan nada más entrar en la habitación si tienes vibrador. Y muchos te preguntan si no hay chicos o travestis para hacer tríos.» (Leticia)

Muchas de las trabajadoras sexuales mantienen prejuicios acerca de la homosexualidad. Colombianas y brasileñas provienen de sociedades con marcada estructura patriarcal, con un rígido control social informal y un peso importante de la religión católica y evangélica que sanciona en ambos casos las relaciones de tipo homosexual o «contra natura». Todo este acervo sociocultural influye lógicamente en la estructura mental de los actores sociales.

Prácticamente todas las trabajadoras del sexo han tenido y tienen experiencias parecidas. Todas tienen clientes que solicitan prácticas sexuales como la penetración anal receptiva, la introducción de objetos, fetichismo, etc., que remiten a una relativa orientación homosexual del cliente aunque no necesariamente se trata de personas homosexuales. El hecho de conseguir la

⁴³ En el estudio de Meneses (2010) aparece como la quinta práctica sexual más demandada (21,7%) por los clientes encuestados, por delante de otras prácticas como el trío, el sado, la sumisión o la lluvia dorada.

excitación sexual por vía anal no implica inexorablemente la homosexualidad del sujeto. Hay clientes heterosexuales, bisexuales, homosexuales y polisexuales. Encorsetar a las personas en férreos moldes de categorización sexual tiene una utilidad más bien taxonómica que real y en último término la orientación y la identidad sexuales se encuentran socialmente construidas por lo que rendirse a las categorizaciones nos conduce a un camino sin fin. No obstante, la homosexualidad adquiere aquí pleno sentido a partir del momento en que es así cómo las trabajadoras sexuales perciben y definen la interacción y es la etiqueta utilizada para identificar a sus clientes, adquiriendo entonces especial significado. Por lo demás, la población homosexual acude más frecuentemente a los pisos de contactos donde pueden ofertarse servicios más especializados y donde trabajan actualmente un creciente número de hombres y travestis. No hay apenas estudios sobre prostitución masculina o transexual en nuestro país (véase, en este sentido, Ballester Arnal y Gil Llarío, 1996; Mejía, 2006; Zaro Rosado, 2008)⁴⁴. Sin embargo, diferentes fuentes de información nos indican que este tipo de prostitución evoluciona *in crescendo*.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Frente al actual marco de criminalización de la prostitución, desde donde se gestan todo tipo de estudios e informes con el único objeto de avalar «científicamente» las políticas públicas de corte abolicionista, urge que las ciencias sociales se desintoxiquen de tan asfixiante clima ideológico y aborden las figuras del cliente y la trabajadora sexual desde una perspectiva *émica*, sabiendo aprovechar las enormes ventajas que nos brindan la etnografía y el método biográfico para este cometido.

Con el presente artículo se pretende contribuir a la deconstrucción de algunos estereotipos acerca del cliente, sujeto social que permanece aún injustamente anclado en los aledaños de la desviación, y que merece, sin duda, un rescate y una atención menos prejuiciada que nos aproxime mejor a los vericuetos del mundo de la prostitución y, por extensión, a las complejidades de la interacción social.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUSTÍN, L. (2004), *Trabajar en la industria del sexo y otros tópicos migratorios*, San Sebastián, Gakoa.
- BALLESTER, R. y GIL, M.D. (1996), *Prostitución masculina. Estudio psicosocial en nuestro contexto*, Valencia, Promolibro.

⁴⁴ Sobre prostitución masculina en São Paulo, Brasil, véase Pherlonger, 1999. En inglés podemos encontrar un mayor número de estudios sobre prostitución masculina. Véase, por ejemplo, el interesante estudio *Sex, Scams and Street Life* de Robert McNamara, en especial el capítulo 3: «The Nature of Male Prostitution in Times Square» (McNamara, 1995: 25-41), donde el autor hace uso de la cámara de vídeo como principal instrumental metodológico para su perspectiva de exploración etnográfica visual. Más reciente, el estudio de Alexandre Teixeira, *Representações sobre a atividade dos garotos de programa em Belo Horizonte: trabalho, ocupação ou quebra-galho?* (Teixeira, 2011).

- BARAHONA, M. J. *et al.* (2001), *Tipología de la Prostitución Femenina en la Comunidad de Madrid*. Comunidad de Madrid, Dirección General de la Mujer.
- BARRY, K. (1988), «Bibliografía analítica de los trabajos relativos a las causas socioculturales de la prostitución en los Estados Unidos de América y en el Reino Unido» en *Causas de la prostitución y estrategias contra el proxenetismo*, Madrid, Instituto de la Mujer.
- BECKER, H. (2009/v.o. 1963), *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*, Madrid, Ed. Siglo XXI.
- BERTAUX, D. (2005), *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*, Barcelona, Bellaterra.
- BRUCKNER, P. y FINKIELKRAUT, A. (1988), *El nuevo desorden amoroso*, Barcelona, Anagrama.
- BULLOUGH, B. y BULLOUGH, V. (1996), «Female Prostitution: Current Research and Changing Interpretations», *Annual Review of Sex Research*, vol. 7, 158-180.
- CAMPBELL, R. y O'NEILL, M. (2006), *Sex Work Now*, Portland, Willian Publishing.
- COLECTIVO IOÉ (2001), *Mujer, inmigración y trabajo*, Madrid, IMSERSO.
- CORSO, C. y LANDI, S. (2000), *Retrato de intensos colores*, Madrid, Talasa.
- DESPENTES, V. (2009), *Teoría King Kong*, Barcelona, Ed. Melusina.
- FARIAS, F. y JANNELLI, M. (1996), *Princesa*, Barcelona, Anagrama.
- FARLEY, M. *et al.* (2009), *Men who buy sex. Who they buy and what they know*, San Francisco, Prostitution Research & Education.
- GARCÍA DE FAGOAGA, J. (2002), *Putas de España*, Madrid, Irreverentes y Latorre Literaria.
- GOFFMAN, E. (2001/v.o. 1959), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1998/v.o. 1963), *Estigma*, Buenos Aires, Amorrortu.
- HART, A. (1998), *Buying and Selling Power. Anthropological Reflections on Prostitution in Spain*, Colorado/Oxford, Westview Press.
- JAMES, J. (1976), «Prostitution. Arguments for Change», en Gordon and Libbay (eds.), *Sexuality Today and Tomorrow*, Duxbury Press: 110-123.
- KULICK, D. (2003), «Sex in the New Europe: The Criminalization of Clients and Swedish Fear of Penetration», *Anthropological Theory*, 3 (2): 199-218.
- LÓPEZ, R. y BARINGO, D. (2006), *Nadie va de putas. El hombre y la prostitución femenina*, Zaragoza, Los Autores.
- MAQUEDA, L. (2009), *Prostitución, feminismos y derecho penal*, Granada, Comares.
- MCMAMARA, R. (ed., 1995), *Sex, Scams, and the Street Life. The Sociology of New York City's Times Square*, New York, Praeger Publishers.
- MEJÍA, N. (2006), *Transgenerismos. Una experiencia transexual desde la perspectiva antropológica*, Barcelona, Bellaterra.
- MENESES, C. (2003), *Perfil de la prostitución callejera. Análisis de una muestra de personas atendidas por APRAMP*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas.
- (2010), «Factores motivacionales en una muestra de hombres españoles que pagan por servicios sexuales», *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 30 (107): 393-407.
- MONTO, M. (1999), «Focusing on the Clients of Street Prostitutes: A Creative Approach to Reducing Violence Against Women», Summary Report for National Institute of Justice Grant, University of Portland.

- (2000), «Why men seek out prostitutes», in R. Weitzer (ed.), *Sex for sale. Prostitution, pornography and the sex industry*, London and New York, Routledge.
- (2004): «Female Prostitution, Customers, and Violence», *Violence Against Women*, vol. 10, nº 2: 160-188.
- MONTO, M., BUSCH, N. y HOTALING, N. (2002): «Male Customers of Prostituted Women», *Violence Against Women*, Vol. 8, No. 9: 1093-1112.
- NEIRA, M. (2012), *Una mala mujer*, Barcelona, Plataforma Editorial.
- NENCEL, L. (2001), *Ethnography and Prostitution in Peru*, London, Pluto Press.
- NIETO, J. A. (1989), *Cultura y sociedad en las prácticas sexuales*, Madrid, Fundación Universidad Empresa.
- (2011), *Sociodiversidad y sexualidad*, Madrid, Talasa.
- OSBORNE, R. (2007), «El sujeto indeseado: las prostitutas como traidoras de género» en Briz y Garaizábal (eds.), *La prostitución a debate. Por los derechos de las prostitutas*, Madrid, Talasa.
- OSO, L., ULLOA, M. (2001), «Tráfico e inmigración femenina desde la voz de las mujeres inmigrantes» en *Tráfico e inmigración de mujeres en España. Colombianas y ecuatorianas en los servicios domésticos y sexuales*, Madrid, ACSUR Las Segovias, Informe: 65-118.
- PERLONGHER, N. (1999), *El Negocio del Deseo. La prostitución masculina en San Pablo*, Buenos Aires, Paidós.
- PHETERSON, G. (2000), *El prisma de la prostitución*, Madrid, Talasa.
- PLUMMER, K. (1991), «La diversidad sexual: una perspectiva sociológica» en Nieto (comp.), *La sexualidad en la sociedad contemporánea. Lecturas antropológicas*, Madrid, Fundación Universidad Empresa: 151-193.
- RATLIFF, E. (1999), «Women as sex workers, men as boyfriends: shifting identities in Philippine go-go bars and their significance in STD/AIDS control», *Antropology & Medicine*, 6 (1): 79-101.
- RIOPEDRE, J. (2004 a), *Mara y sus amigas*, Lugo, Manuscritos.
- (2004 b), «Traballadoras do sexo colombianas e brasileiras en Galicia», en *Outras voces, outros mundos. Mulleres inmigrantes e prostitución en Galicia*, Concello de Santiago, Concellaría de Emigración e Inmigración.
- (2010), *Inmigración colombiana y brasileña y prostitución femenina en la ciudad de Lugo: Historias de vida de mujeres que ejercen la prostitución en pisos de contactos*. Tesis doctoral, departamento de Sociología I, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, UNED.
- (2011), «La criminalización de la industria del sexo, una apuesta políticamente correcta», *Gazeta de Antropología*, nº 27/2.
- RODRÍGUEZ, M. (1988), «Estudio Psicológico sobre la Prostitución» en *Causas de la prostitución y estrategias contra el proxenetismo*, Madrid, Instituto de la Mujer.
- RUBIN, G. (1989), «Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad» en Vance (comp.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, Madrid, Talasa: 113-190.
- SEQUEIROS, J. L. (1996), *Estudio sobre a prostitución no sur de Galicia*, Santiago, Consellería de Familia, Muller e Xuventude.

- SOLANA, J. L. (2003), *Prostitución, tráfico e inmigración de mujeres*, Granada, Comares.
- SOLANA, J. L. y RIOPEBRE, J. (2012), *Trabajando en la prostitución. Doce relatos de vida*, Granada, Comares.
- TEIXEIRA, A. (inédito), *Representações sobre a atividade dos garotos de programa em Belo Horizonte: trabalho, ocupação ou quebra-galho?*, XI Congresso Luso-Afro-Brasileiro de Ciências Sociais, Universidade Federal da Bahia 2011.
- TEIXEIRA, P. (coord.) (2002), *Profissionais do sexo. Documento referencial para ações de prevenção das DST e da aids*, Brasília, Ministério da Saúde.
- VANCE, C. (1989), «El placer y el peligro: hacia una política de la sexualidad» en Vance (comp.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, Madrid, Talasa: 9-49.
- WEEKS, J. (1993), *El malestar de la sexualidad*, Madrid, Talasa.
- WEITZER, R. (2006), «Moral Crusade Against Prostitution», *Society*: 33-38.
- ZARO, I. (2008), «La prostitución masculina. Un colectivo oculto y vulnerable», en *Revista d'Estudis de la Violència*, 6. www.icev.cat

Recibido: 27/10/11

Aceptado: 14/6/12